

ARTICULO IV.

Estado del christianismo en Oriente.

Vamos á echar todavia una ojeada sobre las iglesias de Oriente; y será la última vez que volvamos nues-

mas principales por el mismo orden que sigue el autor. Y empezando por la eloqüencia ¿cómo pudo omitir en la latina al famoso Perpignan, cuyas oraciones excedieron á toda la eloqüencia latina de aquel siglo? ¿Cómo en la vulgar pasó en olvido á Fr. Luis de Granada y á Rodríguez, modelos de la del púlpito, á Fr. Luis de Leon, á Fernan Perez de Oliva, Morales y otros muchos, que se veneraron y se veneran como padres de la lengua castellana? En el artículo de los historiadores no le ha merecido España ninguna mención, siendo así que en aquel siglo produjo á los Marianas, á los Zuritas, á los Morales, á los Mendozas, historiadores todos excelentes. Tampoco le debió ninguna en el de la jurisprudencia civil y canónica, habiendo tenido á un Covarrubias, comparable á Alciato, á un Antonio Agustín que en su famosa obra *emendationum & opinionum juris civilis* dió un nuevo ser al derecho civil, y por otra parte ilustró tanto el canónico. En el derecho público y ciencia del gobierno cuenta tambien España á Fox Morcillo y á Mariana, de quienes quizá sacaron muchas luces Grocio y Hobbes; y hasta en las nobles artes no faltaron Berruguetes, Toledos, Herreras, y Navarretes que executaron obras muy estimables, entre otras la del Escorial, en donde se encierran muchas cosas preciosas: observando algunos que Francisco I. despues de su vuelta de Madrid fué quando promovió tanto las artes en Francia.

Pero es particularmente digno de admirarse que al hablar Ducreux de los progresos de la lengua italiana en el siglo XVI. no diga nada de los de la castellana, que adquirió tanta perfeccion en la piuma de Leon, de Granada, de Zurita, de Morales, de Garcilaso, de Cervantes, y otros muchos. La lengua española, tan magestuosa y tan rica, se acabó de formar en este siglo, que siempre se reputará por su siglo de oro, y en Francia logró la preferencia á la nacional; de suerte que en los reynados de Francisco I., de Carlos IX., y de Enrique III. se hablaba mas en París el español que el frances, como observa el erudito rey de Prusia en su discurso sobre la literatura alemana.

En punto á las ciencias naturales, ¿qué nacion puede compararse en este tiempo á la española? La medicina tuvo un Luis Mercado, un Valles, un Laguna, un Heredia: la historia natural un Monardes, un Acosta, un Hernandez, un Herrera: la química un Alfonso Barba: la filosofía un Pereira, autor de la *Margarita Antoniana*, en que se encierra el sistema famoso de las bestias, de Descartes: la matemática un Pedro Monzon: la astronomía un Alfonso de Córdoba, un Juan Roxas: la buena filosofía al inmortal Juan Luis Vives, honor de la España, anterior á Bacon, que con su obra de *corruptis disciplinis* y las demas desterró el barbarismo escolástico, presentó el verdadero camino de las ciencias, y contribuyó á su restablecimiento tanto ó mas que Bacon con su *Organo*. ¿Pues qué diré de las ciencias sagradas, y del estudio de las lenguas necesario para ellas? ¿Quién puede contar tantos teólogos famosos en aquel siglo como nosotros? Un Soto, un Vitoria, un Cano, un Maldonado, un Mariana, un Saá, un Suarez, un Ribera, un Vazquez, y otros muchos que en el concilio de Trento manifestaron su profundo saber? En las lenguas orientales ¿no podrá sostener el paralelo el célebre Arias Montano y los españoles que se ocuparon en la Poliglota Com-

tra atencion hácia estos hermosos países en donde el Christianismo estuvo tan floreciente desde su origen hasta el tiempo del infeliz cisma empezado por el astuto Focio, y consumado por el ambicioso Miguel Cerulario. Pero no por eso los corazones sensibles y christianos deben dexar de interesarse en la deplorable suerte de estas sociedades, mas separadas de nosotros por un odio hereditario, que por la distancia de los lugares. El triste estado en que cayeron despues de su separacion, y el yugo de la opresion que se hizo mas pesado para ellas, deben hacernos desear mas que nunca vuelvan á la unidad, á fin de que los males de que son víctima, les sirvan á lo ménos de sufrimientos útiles. Ademas de la esperanza de una union, cuya época está sin duda señalada en los decretos de providencia; las iglesias de Occidente tienen un motivo de interes para no perder de vista á las sociedades cismáticas esparcidas por el Oriente. Los dogmas que profesan, y las prácticas antiguas que han conservado, son armas victoriosas en manos de los católicos contra las nuevas sectas que vienen á disputarles la posesion de la verdad. ¿Qué ventaja no sacaron los teólogos de este siglo de estos rasgos de semejanza que nos son comunes con ellas, y prueban un mismo origen? ¿Con qué fruto no han demostrado á los pretendidos reformados que la fe de la iglesia Romana, su culto y su disciplina son la herencia preciosa que ha recibido de los apóstoles y de sus primeros discípulos; supuesto que la misma fe, el mismo culto y la misma disciplina en quanto á los puntos esenciales se hallan en las iglesias separadas de su comunión mas hace de ochocientos años? Estas sociedades desgraciadas por las vexaciones que sufren, y todavia mas por el cisma que las ha hecho forasteras en el cuerpo de que eran miembros antiguamente, serán siempre para nosotros muy amadas por mas títulos que uno; pero despues de haber roto los vínculos de la unidad, su historia se nos presenta cubierta de tan densas nieblas, que no podemos siquiera seguir la sucesion de los pastores que las gobiernan.

¿Pues qué diré de las humanidades ¿quién excederá á Antonio de Nebrija, á Pedro Simon Abril y Francisco Sanchez, llamado el Brocense, genio investigador, que en su insigne *Minerva* acreditó tanto conocimiento de la lengua latina? No acabariamos si hubieramos de referir todos los adelantamientos de España en esta época; pero basta lo dicho para conocer que era acreedora á algun lugar en este artículo.

En todos los países de la dominacion turca se hallaban oprimidas las iglesias por los príncipes y por sus ministros; y la autoridad arbitraria descargaba sobre ellas con un rigor que solo el oro tenia el secreto de suavizar. No obtenian sino á costa, de contribuciones las mas opresivas una libertad precaria, que se revocaba inmediatamente que se concedia, para volver otra vez á venderla. Los déspotos y sus agentes, no ménos codiciosos los unos que los otros, siempre hambrientos, siempre insaciables, encontraban cada día nuevos pretextos para restringir ó suprimir una tolerancia, cuyo precio sabian que dependia absolutamente de ellos. Agitaban los christianos de la capital y de las provincias de continuas inquietudes, y temiendo incesantemente que un nuevo capricho del sultan ó de los baxaes no les quitase la poca libertad de que gozaban, no podian prometerse dos días de tranquilidad. Sus obispos no podian entrar en posesion de las sillas para que estaban electos, ni exercer las funciones de su ministerio, hasta despues de haber contado gruesas sumas al príncipe; y esta primera imposicion no los exímia de dar otra al visir ó al gobernador. De ahí nace que la sucesion de los obispos en la iglesia Griega no tenga cosa fija y cierta, porque su estabilidad dependia á cada instante de una voluntad sin regla y sin principios. Así lo vemos sobre todo en la Iglesia de Constantinopla, cuya historia nos es mas conocida; y por lo que pasaba en ella, podemos juzgar de lo que sucedia en las demas. La cátedra patriarcal era para el que mas ofrecia: no se subia ni se mantenía nadie en ella sino con dinero. Apénas se sentaba uno en esta silla, quando se veia echado por otro que mas rico ó mas abundantemente socorrido, ofrecia un precio mas alto; y muchas veces este medio, sin embargo de ser tan poderoso, no bastaba á los que lo habian empleado para asegurarse del goce de un puesto que habian comprado. Un capricho del déspota y su movable voluntad trastornaban de repente la obra del día anterior; y la misma mano que acababa de sacar del polvo á un hombre para hacerle patriarca, le precipitaba un instante despues en su primera obscuridad.

Y así de veinte y dos patriarcas elevados sucesivamente á la silla de Constantinopla en el discurso de este siglo, desde Joaquin desterrado por el sulran Bayaceto II., por-

que habia construido una iglesia sin su permiso, hasta Mateo expulsado dos veces, hay pocos que hayan muerto en su silla, y aun pocos que la hayan poseido muchos años seguidos. Pero pasan de dos los que apenas tuvieron tiempo de aparecer, y mas todavia los que fueron despojados y restablecidos hasta tres veces en el espacio de algunos años. Las mismas variaciones y la misma inestabilidad vemos en las demas sillas, si tuviésemos listas exáctas de los que las ocuparon. Para comprar de este modo el episcopado y mantenerse en él por los mismos medios, era preciso que los prelados impusiesen tasas al clero inferior, y que los pastores del segundo órden imaginasen tambien arbitrios para sacar dinero de los fieles que componian su rebaño. Esta necesidad lo ha hecho todo venal en la iglesia Griega, en la qual se hicieron pagar los sacramentos, las ceremonias, las bendiciones, las censuras, las absoluciones; en una palabra, todo lo que dimanaba del ministerio eclesiástico, sin haber en ninguna de estas cosas nada fijo ni arreglado. Las circunstancias, las urgencias del ministro, su crédito y su codicia eran los que decidian el mas ó ménos que se exígia por las diferentes funciones del ministerio: comercio abierto y tanto mas lucrativo, quanto el pueblo es mas crédulo y supersticioso. Todavía permanecen las cosas hoy en este pie en toda la extension de la iglesia Griega; y aunque este abuso es considerable, no es sin embargo el mayor de los que ha producido el envilecimiento de la dignidad episcopal y sacerdotal. Siendo el dinero el único medio de llegar á las dignidades, y de conservarse en ellas, regularmente las ocupan los sujetos mas indignos de obtenerlas. Vendidas por la avaricia, y compradas por la ambicion, casi siempre se las ve deshonoradas por el crimen y la ignorancia. No exágeramos, pues aquellos que por el comercio ó por curiosidad tienen que viajar á las islas y al interior del continente, en donde los griegos tienen todavia iglesias numerosas, son otros tantos testigos de lo que afirmamos.

Los abisinos, los cophtos, los armenios, los jacobitas y los demas christianos cismáticos dispersos por el Oriente, no gozan de una suerte mas feliz. Estas sociedades de las quales algunas no dexan de ser numerosas, no tienen cosa alguna que anuncie un estado floreciente. Como no hablaremos mas de ellos en lo restante de esta obra,

vamos á exponer en pocas palabras lo que se sabe con mas certidumbre de la historia y constitucion de estas Iglesias distantes, á fin de reunir en este artículo todo lo que puede dar á nuestros lectores una idea justa y completa del estado en que se halla el christianismo en las diferentes regiones del Oriente.

Los abisinios y los cophtos son eutiquianos ó jacobitas monofisitas: tienen el mismo origen, y forman un cuerpo de sociedad separado de las demas comuniones christianas, y sobre todo de la iglesia Romana, desde los tiempos de Dioscoro, patriarca de Alexandria, que levantó el estandarte del cisma despues del concilio Calcedonense, hácia mediados del siglo quinto. Parece que los cophtos fueron los apóstoles de los abisinios, siendo su doctrina la misma, y estando la cabeza de la religion christiana entre estos últimos sujeta al patriarca de Alexandria, que tiene sobre ella una jurisdiccion absoluta. Unos y otros han conservado los dogmas, los sacramentos y las prácticas religiosas que subsistian en la Iglesia universal ántes de su separacion. Tienen como los católicos romanos siete sacramentos, el culto de las imágenes, la veneracion de los santos y de las reliquias, la oracion por los muertos: creen la presencia real, la mutacion del pan y del vino en el cuerpo y sangre de Jesu-christo, y el purgatorio, ofrecen la Eucaristía en sacrificio, excepto que no tienen el uso de las misas rezadas ó privadas; y en quanto al dogma, solo se diferencian de los católicos en el error del monofisismo, que consiste en no reconocer en Jesu-christo mas que una sola naturaleza, aunque no esten confundidas la divinidad y la humanidad. Por lo que toca á las prácticas ó disciplinas tienen algunas peculiares: sus obispos y sus sacerdotes son casados, y solamente los monges guardan el celibato: admiten el divorcio por el adulterio, por la desavenencia entre los consortes, ó por las enfermedades que ponen á uno de ellos en estado de no cumplir con el fin del matrimonio: tienen la práctica de la circuncision; sea que la hayan tomado de los judíos ó mahometanos, sea que su origen venga de los tiempos mas remotos, y dimana mas bien de la naturaleza del clima que de la religion; y lo mismo sucede con las absoluciones que son frecuentes entre ellos. Se abstienen de comer la carne de los animales sofocados.

La iglesia de Abisinia se gobierna por un metropolitano que se llama *Abuna*, esto es, padre comun, el qual se nombra por el patriarca de Alexandria. Goza de grande autoridad, y posee vastos dominios, cuyos colonos estan exentos de toda especie de impuesto; y es el único obispo que hay en todo el pais, temiendo el patriarca de Alexandria, que si hubiese otros se multiplicarian hasta formar un cuerpo, y poner al Abuna en disposicion de substraerse de su obediencia. El christianismo de Abisinia está muy floreciente, porque es la religion del príncipe y del estado. Los viajeros que han penetrado en estas regiones, aseguran que no hay pais en el mundo en donde se vean mas iglesias, siendo tambien grande el número de monges. La liturgia y las demas partes del oficio divino se celebran en lengua vulgar, lo que no impide que el pueblo y aun el clero sean ignorantes, y asimismo muy dados á la supersticion, consecuencia de su ignorancia.

La sociedad christiana de los cophtos era antiguamente muy numerosa, aun despues de las conquistas de los sarracenos; pero las revoluciones ocurridas en el pais que habitan, y la dominacion de los turcos establecida en Egipto por la destruccion de los mamelucos, como hemos referido en otra parte; ha puesto esta Iglesia en límites muy estrechos. De cerca de seiscientas mil almas que la componian quando el califa Omar se apoderó de estos paises, no contiene hoy mas de quince mil confinados en el Egipto superior, aunque su patriarca tiene su residencia en el Cairo. Este prelado que exerce una autoridad grande en su secta, logra poca estimacion entre los turcos. Su renta es muy mediana, y todos los obispos de su comunión le miran como á cabeza. El orden gerárquico subsiste en esta Iglesia qual era entre los griegos ántes de su separacion. Los libros litúrgicos de que se sirve, son de la mas remota antigüedad, escritos en lengua cophta, que era la del pais, quando lo subyugaron los árabes. Pocos naturales entienden hoy este idioma antiguo, y basta saber serlo para juzgarse digno del ministerio eclesiástico. Los cophtos gimen baxo la tiranía de los baxaes, cuyo capricho y codicia los sujeta á tasas arbitrarias, como á los christianos de la dominacion turca.

Quando los portugueses establecidos en las Indias extendieron su comercio á la Etiopia, los misioneros de es-

ta nacion emprendieron hacer entrar otra vez á los abisinios en la obediencia de la iglesia Romana, y por algun tiempo esperaron conseguirlo, habiendo parecido algunos príncipes dispuestos á coadyuvarles; pero por un lado los intereses políticos embarazaron muy luego este proyecto; y por otro la nacion fuertemente adicta á sus preocupaciones, y asimismo sublevada por los monges que tienen tanto imperio sobre ella, ha hecho siempre infructuoso el zelo de los que procuraban desengañarla. Se ha pretendido (acaso con algun fundamento) que los misioneros empleados en este difícil encargo, no usaron en su conducta y modales de toda la prudencia y suavidad necesarias para lograr el buen éxito de él. No fueron mas felices con los cophtos, cuyos pueblos han rehusado siempre admitir los medios de conciliacion que se le han propuesto. Unos y otros perseveran obstinadamente en el cisma, aunque sus pastores no estan en estado de defenderlo con las armas del raciocinio y del saber. Solo Dios conoce el tiempo en que estas porciones de la Iglesia, arrancadas de ella por la tempestad, se reunirán á lo demas del rebaño.

Hay otros eutiquianos monofisitas en la Siria, cuyo patriarca reside en Antioquia. Llámales jacobitas, habiendo tomado este nombre de cierto monge siro, llamado Jacobo Zangalo Baradeo, que fué su apóstol en el siglo sexto. Habiendo sido arrestados y puestos en prision casi todos los obispos de la secta por orden del emperador, temieron la destruccion de su partido, si el pueblo no tenia alguna persona que le dirigiese y mantuviese en sus disposiciones. Hicieron, pues, á Jacobo Zangalo obispo de Edesa, y le revistieron de toda su autoridad. Zangalo sin ser sabio tenia un exterior recomendable, una eloqüencia viva, un zelo ardiente, una tenacidad grande, mucho valor y audacia; en una palabra, todas las señales del fanatismo, y las qualidades necesarias para proporcionarle el buen éxito. Recorrió todo el patriarcado de Antioquia, el mas extenso del Oriente; penetró hasta la Persia, hizo un gran número de prosélitos, y reunió las diferentes sectas de eutiquianos á una sola comunion, que se hizo con eso muy numerosa. Esta gran sociedad vivió pacíficamente por algunos siglos baxo la dominacion de los persas y de los árabes mahometa-

nos. Mas habiendo conquistado estos la Persia, y habiéndose hecho sus príncipes intolerantes respecto de las sectas que habian protegido al principio, experimentaron los jacobitas de parte de ellos los mismos rigores que los demas christianos. Los sultanes y los gobernadores les venden como á los otros el permiso de elegir obispos, de tener iglesias, y de practicar los ejercicios de su religion. Estas vexaciones, el curso del tiempo que todo lo debilita, y las mudanzas ocurridas en el pais por donde se habia deramado, han disminuido considerablemente su número, mediante que segun el testimonio de los viageros mas verídicos su sociedad no comprehende hoy mas que de cincuenta á sesenta familias en la ciudad de Antioquia, que es su centro. Hay no obstante otras y en mayor número en los demas parages de la Siria, en los paises vecinos, y hasta en los desiertos, adonde se retiran sus monges, y viven los unos reunidos en comunidad, los otros solos, ó de dos en dos, practicando austeridades casi increíbles. Los jacobitas tienen la misma fé, los mismos usos y el mismo gobierno eclesiástico que los cophtos y los abisinios; esto es, han conservado como ellos todo el fondo del christianismo en el mismo estado en que existía en Oriente antes de su separacion. El monofisismo que ellos han adoptado, no constituye en realidad ninguna diferencia entre su creencia y de la iglesia Católica tocante al dogma de las dos naturalezas en Jesu-christo (a); y así su cisma solo es fruto de una preocupacion ciega y obstinada, que les hace desechar el concilio Calcedonense, y la carta doctrinal de san Leon á Flaviano; aunque en la substancia creen la doctrina enseñada en esta carta y definida en este concilio. Notamos esto para mostrar que en materia de religion tienen mas parte muchas veces la preocupacion y la acrimonia de los ánimos en las divisiones de las mas funestas conseqüencias, que el conocimiento y el zelo de la verdad.

Habiéndose establecido en Armenia otra rama de eutiquianos desde los primeros tiempos de la secta, formó

(a) Mal se compone el que el monofisismo de los jacobitas no constituya en realidad diferencia en su creencia y la católica, como dice Ducreux, con lo que luego añade, de que desechar el concilio Calcedonense, que es lo mismo que su doctrina, en que definió que en Jesu-christo despues de la union hipostática hay las dos naturalezas divina y humana, sin confusion de ellas, &c.

allí una sociedad que se ha perpetuado hasta nuestros días. Muchas veces se ha reunido á la iglesia Romana con actos solemnes, formados y aceptados en los concilios, y otras tantas ha roto esta union por volver al cisma. El monofisismo constituye el fondo de su creencia, al qual juntó algunas opiniones particulares. Pero juzgando de la doctrina de esta Iglesia por sus libros litúrgicos, sus oraciones, y las prácticas de su culto, se ve que ha conservado, como las demas sociedades christianas del Oriente, todas las verdades transmitidas por la fe en los siglos anteriores á la época de la heregía eutiquiana. Los reyes de Persia, y los otros soberanos de que fué tributaria sucesivamente la Armenia, unas veces protegieron, y otras oprimieron esta Iglesia, que por algun tiempo estuvo dividida en muchas comuniones, porque se habian levantado muchos patriarcas que tenian cada uno su partido. En el día no tiene mas que uno, cuya jurisdiccion se extiende á todos los obispos del país. Este prelado lo eligen los demas obispos, y á ellos los antiguos del clero de cada iglesia; pero tienen obligacion de obtener la confirmacion del príncipe, que la concede mediante una suma de dinero, cuya quota fixa arbitrariamente. El patriarca goza de una renta considerable, aunque no dispone de ella por sí mismo: vive en un monasterio, como los demas de la comunidad, y sus rentas se emplean en pagar las tasas impuestas por el príncipe en la conservacion de las iglesias, y en la subsistencia de los monges y de los pobres. Los armenios tienen una especie de doctores, llamados vertabsetos, que estan en grande estimacion y autoridad; son muy austeros en su modo de vivir; guardan el celibato, y su exterior es de muy mortificados; recorren las ciudades y los campos, juntando al pueblo, y predicando sus sermones para alcanzar limosna. Sus discursos son un tejido de historias fabulosas y de declamaciones contra los misioneros católicos. Tienen tan buena opinion de sí mismos, que toman la precedencia á los obispos que no son doctores; y el clero los respeta tanto como el pueblo. En quanto á lo demas, todos los que gobiernan esta Iglesia, obispos, sacerdotes y los mismos doctores son muy ignorantes y supersticiosos; pues no se necesita mas que saber leer y entender las rúbricas para ser promovido al sacerdocio.

Quando el concilio Efesino condenó el error de Nestorio, y los emperadores apoyaron con su autoridad los decretos de este congreso, los nestorianos echados de sus sillas se alejaron de los lugares sujetos al dominio de los romanos. Los que se refugiaron en Persia, hallaron modo de conseguir la proteccion del príncipe, persuadiéndole que no eran ménos enemigos de los emperadores que él mismo; y con este apoyo persiguieron á los otros christianos, se apoderaron de sus iglesias, y se hicieron muy poderosos. De allí se esparcieron por las regiones vecinas, formaron prosélitos entre los idólatras, y entre los antiguos christianos de diferentes sectas, animados como ellos contra la iglesia católica, y contra los emperadores, y penetraron hasta la Tartaria y la India. Por espacio de muchos siglos estuvieron florecientes estas iglesias; pero las revoluciones que ocasionaron en el Oriente las conquistas de los sarracenos, de los tártaros y de los turcos, las reduxeron al estado mas miserable. Aisladas estas pequeñas sociedades las unas de las otras en los vastos países en donde todavía existen, solo estan unidas por su obstinacion en el error y en el cisma. Los nestorianos que se ven en la Siria, en Caldea, y en las comarcas vecinas son en mayor número, y se les llama caldeos. Tienen en Antioquia un patriarca que exerce jurisdiccion sobre todas las iglesias de su comunión: les da obispos; envia otros á visitar las iglesias distantes, y les da ministros. Como estas visitas son difíciles, y no se hacen sino de tarde en tarde, por causa de la distancia de los lugares, los enviados del patriarca ordenan á un mismo tiempo familias enteras, hasta los niños mas pequeños; y no es de admirar que con semejantes ministros esten estas iglesias sumergidas en la mas profunda ignorancia. Las que se hallan mas á tiro de mantener una comunicacion seguida con el patriarca, y pueden tener obispos, tienen un gobierno mas regular sin estar mucho mas instruidas, no obstante de haber escuelas y un clero bastante numeroso. El error capital de los caldeos, y de todas las sociedades nestorianas de Oriente es de admitir en Jesu-christo dos personas, y no reconocer en él la union hipostática de la naturaleza divina con la naturaleza humana. A este error juntan el de los griegos sobre la procesion del Espíritu Santo, y algunas de las opiniones atribuidas á Orígenes

sobre el pecado original, la creacion de las almas y la eternidad de las penas. Por otra parte han conservado todos los dogmas, cuya fé estaba establecida en toda la Iglesia por el tiempo en que se han separado de ella; y la poca libertad de que gozan, la compran como los demas christianos que viven baxo el dominio de los mahometanos.

En medio de estas diferentes sectas que se esparcieron por una y otra parte en las vastas regiones del Oriente, se hallan un gran número de católicos que nuestros misioneros instruyen y sostienen en la fe, los cuales encuentran mucho que sufrir de parte de los mahometanos; pero aun mucho mas de parte de los griegos cismáticos y de las demas sociedades separadas de la iglesia Romana. Estos christianos obstinados en el error y el cisma son regularmente los que excitan con sus delaciones y lisonjas el odio de los infieles contra las familias católicas y contra los misioneros, cuyas borrascas son frecuentes, y algunas veces llegan á convertirse en una persecucion declarada. Los baxaes y los demas agentes de la autoridad pública se aprovechan de esta animosidad que reyna en los corazones de todos los cismáticos, para rescatar á los que viven baxo la obediencia de la santa Sede, y baxo la direccion de los ministros que les envia. Pero ya se sabe el modo de aplacar la cólera de los gobernadores y sus subalternos. Los presentes, las sumas mas ó ménos considerables, segun lo mas ó ménos codiciosos que se les conoce, restablecen por lo comun la calma, hasta que los zelos, el fanatismo y la avaricia hacen renacer la tempestad. En medio de estas alternativas de agitacion y de tranquilidad pasan los católicos de Oriente su vida; y sin embarzo se multiplican por el zelo y el trabajo de los hombres apostólicos que se dedican á instruirlos. Su número excede mucho al de los christianos de cada secta heterodoxa tomada separadamente; y su adhesion á la fe, su fervor en la piedad, su constancia en las pruebas á que estan expuestos, su caridad compasiva y las demas virtudes recuerdan los tiempos felices en que estaba el christianismo tan puro y tan floreciente en los países que habitan.

ARTICULO V.

Carácter de los papas que gobernaron la Iglesia durante el siglo XVI.

Alexandro VI., aunque desluciendo la cátedra pontificia con sus desórdenes, y ofendiendo la humanidad con sus excesos y los de su hijo, á quien hacia participante, habia extendido su influencia sobre los negocios de Italia como príncipe temporal por su artificiosa política. Julio II. que le sucedió despues de Pio III., muerto al cabo de un mes, poseia todas las prendas necesarias para volver á emprender con buen suceso y llevar adelante los ambiciosos proyectos de Alexandro, en quanto eran favorables á la extension de los dominios y autoridad política de la santa Sede. Un carácter fuerte, unas pasiones ardientes y un humor guerrero le hacian mas propio para mandar exércitos, que para las funciones pacíficas del ministerio apostólico. Luego que fué elevado á la santa Sede, formó el proyecto de reducir otra vez al dominio de los papas las plazas de la Romanía, de la Marca de Ancona, del ducado de Urbino, y demas posesiones de la Iglesia, usurpadas por los venecianos, por César Borja, por los Bentivoglios, por los Baglionis y otras familias poderosas. Borja fué el primero á quien obligó á renunciar sus usurpaciones. Despues siguieron los Bentivoglios y los Baglionis, que fueron igualmente despojados, los unos de Bolonia, y los otros de Perusa. Pero los venecianos eran mas difíciles de reducir, y formó contra ellos la famosa liga de Cambray: hasta que habiéndolos visto caer á sus pies, y que por su sumision le era ya inútil el socorro de los príncipes que habian entrado en ella, se unió con estos republicanos para disiparla; porque Julio, muy semejante en esto á los demas soberanos de su tiempo que se preciaban de destreza, no tenia otro motivo en sus alianzas, ni otra medida en su fidelidad, que su interes y sus miras ambiciosas. Sobrino de Sixto IV. habia gustado en el pontificado de su tio todo lo que la autoridad suprema tiene lisonjero para los hombres que desean dominar. Ningun príncipe se mostró tan zeloso de las prerogativas de la